

representamos lo que el Tercio en el ejército de Africa—quien en esta ocasión tremolara el estandarte de los principios, obligado por la fuerza de la sangre. No es hipérbole. Estoy seguro de que si mis antepasados se hubieran visto en circunstancias análogas a las que atravesé el año 25, espada en mano y al frente de un grupo de valientes hubieran tomado un Concejo por asalto. Mas hoy—por fortuna o por desgracia—no estamos como en el siglo XIV. Abolido el derecho de la fuerza y en vigor esas instituciones jurídicas, que, por amparar al débil, constituyen el arquetipo del progreso en los países civilizados, a ellos acudieron confiados, con su agravio, los que, por conservar su espiritualidad intacta, consideran a la justicia tan necesaria en el régimen interno de los pueblos, como el oxígeno lo es para la vida. Los hombres de ideal llamaron también reiteradas veces a las puertas del Poder público sin conseguir que se abrieran. Hoy, paladinamente debo confesar que he agotado ya todos los medios legales para que la verdad se abra camino. Después del adverso fallo del Supremo, me he alzado de nuevo ante el Presidente del Consejo, verbalmente y por escrito, sosteniendo mis puntos de vista en toda su integridad. Por eso entiendo que mi misión, como presidente de la Comisión protestataria, ha terminado. Si es cierto—como han afirmado en múltiples ocasiones los dirigentes de la clase—que la resolución justa de nuestro litigio está vinculada a la dignidad colectiva, no soy yo, sino el Consejo de Colegios, quien debe actuar en lo sucesivo. Si tal hace, tened por seguro que sabré también cumplir con mi deber.

Para vosotros, queridos amigos, que habéis ocupado un sitio de honor en las avanzadas de esta cruzada, mis últimas palabras. Las máximas contrariedades, las más crueles decepciones, no justifican un enervante pesimismo. La vida, es una batalla que es preciso librar valerosamente. Somos jóvenes y el tiempo es nuestro aliado. Hemos luchado como buenos y señalado, con nuestro sacrificio, el verdadero camino de la regeneración de España. No lo dudéis: nuestra campaña es de las que dejan huella; tarde o temprano la colectividad recogerá sus beneficios. Tened por seguro que, cuando el tiempo haya apagado el fuego de la pasión, serán nuestros adversarios de hoy los que dirán mañana: «En una atmósfera de cobardía ciudadana y cuando algunos creyeron hallarlo todo adicto o sumiso, de la juventud médica barcelonesa se destacó un grupo el año 25, que supo alzarse con firmeza, pero sin rebeldías, contra lo que estimó injusto. Durante cuatro años constituyó el yunque sobre el que martillaron sin piedad algunos: Diríase que eran de acero aquellos hombres, ya que hasta los rudos golpes de la adversidad fortalecieron su prestigio. En torno suyo y enardecidos con su ejemplo, se agruparon, por vez primera en la historia de los movimientos profesionales, sus compañeros de toda España. Si su ejemplar gesta cívica en defensa de la moralidad administrativa conquistó la simpatía de grandes núcleos de opinión ciudadana, su actuación como médicos marcó la orientación de cómo deben ser abordados los problemas profesionales: El grupo de médicos barceloneses, sin abandonar la senda recta, arrostró momentos difíciles, despreció las intrigas, sorteó cada día mayores dificultades y, ante el halago como ante la amenaza, jamás claudicó. Fué leal, muy leal a la clase».

Y ello constituirá la mayor recompensa a que pueden aspirar los hombres de ideal, los ciudadanos conscientes y dignos como vosotros.